

Periodismo voraz: el retorno de Walter Burns

Luis García Tojar
Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Sociología VI
Facultad de Ciencias de la Información
Avda. Complutense s/n, Madrid 28040

*IX Congreso de la Federación Española de Sociología
Mesa 25. Sociología de la Comunicación y del Lenguaje*

Hildy, tienes en tus manos a toda la ciudad. No sólo es un artículo lo que estás haciendo, es una revolución. Es el mejor trabajo de periodismo desde que Livingstone encontró a Stanley. Has cogido una ciudad que lleva 40 años dominada por la misma gente y con esta historia podemos hacerlos saltar. Tendremos un gobierno digno y honrado. Dejaremos tan en ridículo a estos politicastos que el martes no les votarán ni sus esposas. Les crucificaremos. Esto no es un artículo periodístico: ¡es la guerra!

Walter Burns (Cary Grant), en *Luna nueva* (H. Hawks, 1940).

González había elegido la vía del desafío, y los sectores más vivos de la sociedad española empezaban a recoger el guante. *El Mundo* no les decepcionaría. Pocas veces un periódico ha tenido tan claro lo que tenía que hacer si quería cumplir con la función propia de la prensa en todo sistema democrático. No nos correspondía a nosotros quitar o poner gobiernos ni buscar una salida a la crisis que se precipitaba. Pero sí teníamos el deber de proporcionar a los ciudadanos los elementos de juicio para que tomaran sus decisiones con el mayor conocimiento de causa posible.

Pedro J. Ramírez, *Amarga victoria*.

“Ustedes no son humanos”, insultaba la prostituta Molly Malloy (Helen Mack) a los enviados especiales a la ejecución de su novio en la película *Luna nueva*. La reportera Hildy Johnson (Rosalind Russell) replicaba: “Naturalmente, son periodistas”. Johnson, y sobre todo el director de su periódico, Walter Burns, representaban la prensa sensacionalista de la Gran Depresión, la era de los *muckrackers*. Hordas de entrometidos con cuatro duros en el bolsillo (sigo citando a Hildy) que siguen a los bomberos, despiertan a la gente en plena noche para preguntarle si va a empezar otra guerra, escuchan detrás de las puertas y roban fotografías para que un millón de chicas que viven de alquiler sepan lo que ocurre. En los tiempos actuales, la transformación tal vez más importante que ha experimentado el periodismo español es el ascenso al poder mediático de una generación de “buscadores de basura” formada en el tardofranquismo, cuando entre otras cosas también era impensable un periodismo profesional y la educación sentimental del informador consistía en el intercambio de favores con los políticos y la sumisión total a los designios de las elites sociales. Asistimos a una vuelta

del amarillismo y el servilismo, que disfrazados (otra vez) de “periodismo de investigación” y de “salvadores de la patria” (o de la fe) disputan al periodismo de calidad el principio de legitimidad del trabajo informativo. Estas páginas están dirigidas a comprender un aspecto estructural de esa degradación, responsable de que algunos de nuestros más conspicuos periodistas recuerden tanto al legendario director del *Morning Post* de Chicago.

Daniel Hallin y Paolo Mancini (2004: 79) han identificado el sistema informativo español bajo la rúbrica “pluralismo polarizado” —algunas de sus características principales son: importancia del papel del Estado y la iglesia católica como emisores y reguladores de la comunicación masiva, espectro político más amplio y radicalizado que en los países anglosajones de tradición liberal, medios de información más dependientes del Estado, la Iglesia y los inversores privados, índices relativamente bajos de lectura de periódicos, profesionalización insuficiente de los periodistas, etc.—. Sin embargo, es difícil resistirse a concluir que, contrariamente al pronóstico ofrecido por estos autores (*ibidem*: 225), la polarización mediática en España ha crecido en paralelo al endurecimiento del enfrentamiento político entre los principales partidos con escaño en nuestro Parlamento.

Estos dos procesos coetáneos, la polarización política y mediática del espacio público español, tienen una historia más larga de lo que a menudo se piensa. Originados en la compleja transición a la democracia, cuyo carácter pactado y pacífico permitió que instituciones sociales sustentadas en el Franquismo (en especial el Estado y la iglesia católica) conservasen importantes cuotas de poder y que posiciones políticas más o menos extremas se mantuvieran activas sin reconocerse mutuamente legitimidad (Ortega y vv.aa. 2006: 33), establecer entre ellos relaciones de causa y efecto no es asunto sencillo. En espera de que la investigación histórica dilucide este punto, en lo que sigue consideraremos sólo la analogía que se produce entre ambos fenómenos. Ahora nos interesa poner de relieve en qué medida uno y otro se retroalimentan.

En una obra reciente (Ortega y vv.aa. 2006), hemos presentado una serie de casos para suscitar la duda sobre la pronosticada confluencia de todos los modelos occidentales de periodismo hacia el tipo liberal, propio de los países anglosajones y caracterizado por el predominio del mercado sobre la intervención estatal y por una mayor separación entre medios de comunicación y partidos políticos. Mediante el análisis de cuatro regiones diferentes del periodismo español (la información política, las tertulias de opinión, el revisionismo histórico y la prensa local), queríamos poner de

relieve que dicha “liberalización” del sector informativo no está exenta de tensiones y fuerzas contrarias. Así, en España ciertas instituciones sociales con poder mediático consiguen resistir el innegable empuje del mercado mediante la apelación a reglas y usos que tienen que ver poco con el periodismo, entendido como una profesión liberal, hasta el punto de que creemos posible hablar de un modelo alternativo que hemos llamado *Periodismo sin información*, donde el relato fiel, comprensivo y contrastable de los acontecimientos es sustituido por toda suerte de invenciones, falsedades y tergiversaciones al servicio de intereses espurios. Los problemas de la formación profesional de los periodistas y su sostenida precarización laboral no son buenas circunstancias para caminar hacia la “liberalización” del sector: permiten el desarrollo entre los informadores de éticas basadas no en la responsabilidad, sino en el fanatismo (político o religioso), el nihilismo o el simple cinismo.

Estas páginas pretenden continuar la indagación comprensiva sobre el periodismo sin información español mediante su comparación con un concepto sociológico que en nuestra opinión no ha recibido la atención merecida: las *instituciones voraces*, estudiadas por Lewis Coser (1978) en relación con la gestión social del poder. En sociedad, el individuo vive dentro de una red institucional donde ha de definir sus recursos y obligaciones de un modo a menudo conflictivo. Diversos grupos reclaman su lealtad, simultáneamente y en sentidos opuestos, pero es posible conseguir arreglos funcionales a través de normas que limitan a esferas concretas la efectividad de las instituciones. Por ejemplo, en las sociedades democráticas distinguimos un espacio privado donde el Estado no debe intervenir demasiado, protegiéndose la libertad personal, de un espacio público donde rigen leyes e instituciones positivas. Las sociedades totalitarias, por otro lado, solucionan el conflicto sometiendo la red institucional a un estricto principio jerárquico cuya cúspide pretende controlar todos los aspectos de la vida colectiva.

En democracia, lo habitual es que el individuo participe parcial y conscientemente en una pluralidad de instituciones sociales. El profesor de escuela puede ser también —aunque no siempre al mismo tiempo— padre de familia, militante de un partido político, miembro de una iglesia y socio de un club de fútbol. Desempeña distintos papeles en distintos escenarios distribuyendo su energía en una variedad de actividades sociales, y mientras ninguno de esos *juegos* exija su lealtad absoluta el individuo podrá solucionar los posibles conflictos sin demasiado esfuerzo de adaptación.

De hecho, como ya señalara Simmel, la complejización y relajación de la red institucional es una característica típica de los procesos de cambio social:

El estadio más temprano de las formaciones sociales, *que se encuentra tanto en las formaciones históricas como en las que se están configurando en el presente*, es éste: un círculo relativamente pequeño, con una fuerte cerrazón frente a círculos colindantes, extraños o de algún modo antagonistas, pero en esta medida con una unión tanto más estrecha en sí mismo, que sólo permite al miembro individual un mínimo espacio para el desenvolvimiento de cualidades peculiares y movimientos libres, de los que es responsable por sí mismo. [...] A partir de este estadio, la evolución social se encamina al mismo tiempo hacia dos direcciones distintas y sin embargo que se corresponden. En la medida en que el grupo crece (numérica y espacialmente, en significación y contenidos vitales), en precisamente esta medida se relaja su unidad interna inmediata, la agudeza de su originaria delimitación frente a otros grupos se suaviza por medio de relaciones recíprocas y conexiones; y al mismo tiempo, el individuo gana una libertad de movimiento muy por encima de la primera y celosa delimitación, y una peculiaridad y especificidad para la que la división del trabajo ofrece ocasión e invitación en los grupos que se han tornado más grandes. Según esta fórmula se han desarrollado el Estado y el Cristianismo, los gremios y los partidos políticos y otros grupos innumerables (Simmel 2001: 386-387; cursiva propia).

De este modo, las sociedades democráticas actuales siguen produciendo organizaciones que demandan de sus miembros una sumisión absoluta y pretenden definir toda su personalidad: “Éstas podrían llamarse *instituciones voraces* por cuanto exigen una lealtad exclusiva e incondicional y tratan de reducir la influencia que ejercen los papeles y los *status* competidores sobre aquéllos a quienes desean asimilar por completo. Sus demandas respecto a la persona son *omnívoras*” (Cosser 1978: 14; cursiva original). Este tipo de organizaciones pretenden regular de modo estricto la vida personal de sus miembros, sometiéndolos por completo a las necesidades de la institución, reduciendo al máximo las diferencias entre ellos y convirtiéndolos en una comunidad homogénea de adeptos enfrentada a unos extraños que son el resto de la sociedad. En este sentido, la noción guarda bastante semejanza con las “instituciones totales” estudiadas por Erving Goffman (1994), pero hay una importante diferencia entre ambas que explica la relevancia que concedemos aquí a la “voracidad” de ciertas organizaciones sociales: las instituciones totales están volcadas hacia el interior, en torno a la vida de sus miembros, pero en sus interacciones cotidianas hay poca influencia del exterior (de hecho, lo más habitual es que sus miembros estén físicamente encerrados en el recinto institucional); por el contrario, las instituciones voraces más típicas están dirigidas en mayor o menor medida hacia el exterior, funcionan por y para conseguir fines concretos y supeditan toda su estructura a la consecución de tales objetivos. Las comunidades monásticas, las sectas y ciertos partidos políticos radicales son el ejemplo más evidente de instituciones voraces, pero Cosser señala con agudeza que, en el mundo moderno, éstas sobreviven en organizaciones tales como el matrimonio, el sacerdocio y las comunidades utópicas.

De aquí en adelante, aplicaremos el concepto de institución voraz —en concreto, el modelo de secta desarrollado por Coser— al “periodismo sin información” español para subrayar algunos aspectos fundamentales de su funcionamiento. Utilizaremos el material empírico recogido en Ortega y vv.aa. (2006) y los informes estadísticos de la Asociación de la Prensa de Madrid con el fin de apoyar las analogías. Aclaremos una sola vez que estas páginas no deben entenderse como un “ataque” dirigido contra tirios o troyanos de nuestro espacio informativo, sino como un intento de comprender las lógicas de acción de ciertos periodistas y medios de comunicación. Pero antes de ello, dado el cierto olvido en el que ha caído la obra de Coser, conviene recordar brevemente la estructura de la asociación voraz.

Asociaciones agresivas

Las instituciones voraces se desarrollan en entornos de sociabilidad debilitada. Para que la secta religiosa o el partido político fanatizado tengan posibilidades de subsistir es necesario que se alimenten de la falta de relaciones sociales satisfactorias de sus potenciales miembros. Y al contrario, en la medida en que una sociedad genere estructuras intermedias de relación se hará más fuerte frente a las asociaciones con afán totalizador. Pues éstas no son, en última instancia, sino la respuesta patológica a una necesidad de integración que en ocasiones no se ve satisfecha. Allí donde encontremos una sociedad o un grupo humano sin un mínimo de interacción —es decir, en el aislamiento— tendremos la *sopa biológica* donde pueden surgir las instituciones voraces.

Conviene recordar algunas de las características que Lewis Coser atribuía a las sectas religiosas y políticas (Coser 1974: 101-112), ejemplo histórico principal del tipo teórico que presenta. En primer lugar, la institución voraz está basada en la relación de sumisión absoluta entre el jefe del grupo y sus súbditos. Éste goza de un estatus superior al de sus acólitos y establece una relación de dependencia progresiva, pues cuanto menos fortaleza personal tengan sus seguidores con mayor necesidad precisarán la que ofrece el líder. Por ello es muy habitual que estos grupos recluten sus siervos en entornos socialmente estigmatizados, donde abundan los individuos en busca de identidad. Delincuentes reconvertidos en jefes de grupos ultrarreligiosos, toxicómanos que encabezan movimientos de salvación social, vagabundos iluminados por una

ideología política de masas, etc. La institución voraz representa en cierto sentido el negativo del problema social al cual intenta dar respuesta.

En segundo lugar, la secta busca afanosamente distinguirse de la sociedad en la que ha nacido. Sus miembros buscan reconstruir una comunidad pura cerrando el grupo contra posibles intervenciones externas. Las diferencias del código moral que enarbolan frente al del resto de la sociedad, sean pequeñas o grandes, son amplificadas hasta presentarse como moralidad alternativa, una enmienda a la totalidad de las normas compartidas por el resto. Este afán exclusivista lleva con frecuencia a una radicalización progresiva del mensaje moral (“quien no está con nosotros, es nuestro enemigo”) y a la persecución obsesiva de la herejía, ya que la desviación que ésta representa es más peligrosa para la asociación voraz que para la “normal”¹. Son por ello habituales y necesarias las purgas internas que limpian el grupo de individuos disidentes o dudosos, así como la apelación continua (y a veces paranoica: véanse los desviacionistas, asociadores, antirrevolucionarios y todo el elenco de traidores que jalona la biografía de una secta) a su persecución. En realidad, tales ejercicios catárticos representan uno de los rituales típicos de estas comunidades, pues a través de ellos refuerzan su cohesión y el cerramiento de sus fronteras. Así se explica que dediquen más tiempo a purgarse que a perseguir los objetivos determinados oficialmente, y ésta es también la razón por la cual los grupos totales recelan de las relaciones familiares y suelen prohibir a sus miembros que éstas tengan lugar con extranjeros, personas que no pertenecen a ellos. Para ello a menudo recurren a dos reglas morales antitéticas que sin embargo tienen el mismo efecto: el celibato o la promiscuidad. Tanto una como otra dificultan la construcción de relaciones personales sólidas, donde la confianza mutua refuerza la personalidad de quienes las establecen. El ideal institucional es que el sectario sea únicamente un sectario, de forma que el grupo defina su identidad por completo. De ahí la voracidad que subraya la metáfora de Coser.

Además de jerárquica y separatista, en tercer lugar, la secta es muy intolerante. Cualquier mínima desviación de los principios y costumbres reglados es considerada un ataque al fundamento mismo del grupo, que funciona según una lógica sadomasoquista: necesita ser herida, desde dentro y desde fuera, para sentirse viva y fuerte. Inventa

¹ Hay que tener precaución para evitar naturalismos ingenuos. La asociación que Coser denomina voraz representa la radicalización extrema de las características de las asociaciones humanas típicas. No es por tanto un modelo alternativo, sino una desviación patológica —totalitaria— de los modos de interacción institucionalizada habituales entre los humanos. Prueba de ello es que podemos encontrar ejemplos de grupos voraces en coordenadas geográficas, históricas y culturales bien dispares. Conviene tener presente, por tanto, la cita de Simmel reproducida con anterioridad.

enemigos poderosos de forma constante y desarrolla teorías conspirativas contra sí misma que crean entre sus miembros un estado de angustia permanente, para que éstos se sometan al máximo a las normas de la comunidad. Si no se siente agredida, languidece. Sus miembros necesitan desindividualizarse (*ibidem*: 109) para que la institución funcione.

En el origen de una secta, puede haber un motivo altruista que sus miembros defienden de forma sincera. La no consecución o dilación de ese objetivo es proyectada por los acólitos en forma de culpabilización hostil, que les lleva a dar la espalda a la sociedad y buscar refugio en la secta. Una vez constituida ésta, su finalidad principal es la autoconservación a cualquier precio.

En este punto cabe una pequeña distinción entre asociaciones totales religiosas y políticas: si las primeras estarían centradas a menudo (no siempre) en la salvación del yo amenazado, las segundas se enfocarían hacia la salvación no sólo de los sectarios sino de toda la sociedad. En la medida en que la secta se dedique a la actuación militante dentro del mundo, las características mencionadas tienden a intensificarse. Aquí, Coser toma de Parsons la distinción entre acción expresiva e instrumental para aplicarla al terreno de las instituciones voraces (*ibidem*: 113-128). Según él, podemos hablar de sectas expresivas, centradas en la autoafirmación, como la comunidad monástica y el grupo hippy, y de sectas instrumentales, cuando realizan hacia el exterior una labor de apostolado más o menos teñida de dramatismo (en el extremo del cual estaría la “mentalidad de cruzada”). El Partido Bolchevique de la Unión Soviética y la Compañía de Jesús son los ejemplos de grupos voraces instrumentales analizados por el sociólogo norteamericano.

En resumen, Lewis Coser ofrece un esbozo de modelización teórica y clasificación de las instituciones voraces: las sectas políticas y religiosas son grupos fuertemente cerrados, jerárquicos e intolerantes que (en el caso del subtipo instrumental, que es el que más le interesa a él y a nosotros) vuelcan su actividad hacia el exterior con afán de convertir en imitación de sí a colectivos humanos regidos por normas diferentes. Casi no hay que decir que la noción de Coser es un tipo ideal: una de las virtudes de su obra es que éste va siendo construido a partir de ejemplos históricos que se apartan todos ellos en mayor o menor medida del concepto. Así, en el mundo moderno —tal es la clave del libro y lo que otorga a sus tesis mayor potencia heurística para el análisis sociológico actual—, donde la multiplicidad de pertenencias y asociaciones que entabla el individuo es mayor que nunca antes, aunque ello debería inmunizarle contra el mal

analizado encontramos que la sociabilidad voraz permanece escondida en instituciones como la familia, el matrimonio, el sexo, la iglesia, la militancia política, etc. A continuación intentaremos argumentar por qué y en qué medida subsisten rasgos de voracidad en el periodismo español, así como las consecuencias sociales que pueden derivarse de esta enfermedad.

De la subprofesionalización impotente...

Si nuestra aproximación es correcta, el periodismo español actual es un campo cuyos componentes podrían reflejar alguna de las características (las menos extremas, por supuesto) del modelo de las instituciones voraces. Veamos cómo.

Suele decirse de un campo profesional que es competitivo cuando sus miembros se disputan el reparto de recompensas. Esa contienda implica utilizar una serie de reglas de comportamiento designadas como legítimas en persecución de unos fines igualmente predeterminados. Así, los jugadores de fútbol compiten por ganar el partido en los términos definidos por el reglamento de ese deporte. Si un equipo decidiera saltarse las normas y apalear al contrario, no obtendría una victoria sino una doble derrota: perdería el partido y además el estatus de jugador (por eso cuando un futbolista logra un premio por medios ilegales, metiendo por ejemplo un gol con la mano, se le llama tramposo). Esto significa que en un entorno cultural donde las reglas del juego no estén claras, no puede hablarse cabalmente de competición sino de lucha en el sentido más primitivo del término. Para ponerlo en jerga de la teoría de juegos, la competición define un juego simétrico y de suma positiva mientras que la lucha impone uno asimétrico y de suma cero. En el caso futbolero, tanto los vencedores como los perdedores ganan por igual el disfrute del juego que practican, y si esto no ocurre así en la actualidad ello indica los niveles de voracidad identitaria que nuestra sociedad inculca en el deporte de masas (en disciplinas deportivas menos “profesionalizadas” y por tanto menos anómicas aún se conserva ese goce del *fair play*).

Aislados entre sí por un medio laboral hipercompetitivo y al mismo tiempo carentes de las mínimas reglas profesionales para construir una identidad profesional sólida, los periodistas españoles están abocados a la lucha más que a la competición reglada. Los puestos de trabajo dignos escasean, la profesión informativa no ha logrado definir unas normas periodísticas unánimemente reconocidas (no es necesario que sean

aceptadas), sus asociaciones gremiales son débiles institucional o moralmente y las empresas periodísticas —por un lado— y los poderes públicos y privados —por otro— conservan gran capacidad de influencia sobre su labor. Empieza a abundar la evidencia empírica que retrata al periodismo español como un campo social especialmente anómico (cfr. Ortega y vv.aa. 2006, Ortega y Humanes 2000, García de Cortázar y vv.aa. 2000, García Tojar 2000).

La dimisión de ambas instituciones en la consolidación normativa del periodismo español, debida a razones históricas ligadas a la dictadura, es asimismo bien conocida (Ortega y vv.aa. 2006: 9-12). Un “maridaje extraño” entre políticos y periodistas habituó a éstos durante la transición a dedicarse más a influir que a contar, a relacionarse más con las elites gobernantes que con el público, subordinando a esta tarea sus obligaciones profesionales. Este desplazamiento patológico ha inhibido en el periodismo español la consolidación de criterios e instituciones de vigilancia que permitan hablar con propiedad de una profesión liberal, dando legitimidad periodística a toda suerte de manipulaciones y tergiversaciones, hecho que se plasma notoriamente en nuestro espacio mediático en la indistinción entre periodismo “de calidad” y “de masas” (o “amarilla”), tal y como se da en la mayoría de países occidentales. En España el sensacionalismo puede pasar —y pasa: ahí están casos como el del ácido bórico para demostrarlo— como periodismo de investigación debido a la indefinición de géneros y criterios, pero sobre todo a que la voluntad (y la tradición, heredada de un régimen que hacía de la influencia secreta estrategia dominante de movilidad, al menos entre las elites) de algunos de nuestros periodistas más reconocidos no es informar sino influir. Abandonados a la anomia, no necesitan siquiera del acontecimiento, materia prima del trabajo informativo. Pueden inventar, tergiversar e imaginar a su antojo. Su modelo no es tanto el relato periodístico como la novela.

Indefinición normativa, subdesarrollo organizativo y ética de la influencia determinan que nuestro periodismo esté dominado, por el momento, por un modelo que sólo puede denominarse *subprofesionalización*. De acuerdo con Hallin y Mancini (*loc. cit.*), dicho modelo “pluralista polarizado” sería típico de los países europeos meridionales y con el proceso de convergencia política, económica y cultural que llamamos globalización tendería a transformarse en el periodismo liberal anglosajón. En Ortega y vv.aa 2006 ya discrepábamos de este vaticinio optimista, por varias razones. Ahora examinaré una de las que entonces quedaron inexploradas, resumible en la siguiente hipótesis: la subprofesionalización del periodismo español hace que sus

instituciones se reproduzcan según un modelo próximo al que Lewis Coser denominó secta voraz. Dicho modelo no sólo es opaco a cualquier tipo de profesionalismo liberal, sino que huye conscientemente de él porque contempla la gestión de la información periodística no como un fin en sí mismo, sino como un medio para llevar a cabo una misión de salvación nacional, de dimensiones históricas, frente a la cual todo modo parece ser válido. El juego de suma positiva se ha convertido en suma cero. Ha estallado “la guerra de los medios”, como afirma un programa televisivo de humor, y la profesión periodística involuciona hacia el populismo y el partisanismo.

A continuación, expondré algunos datos que muestran la extensión que este modelo subprofesional tiene en el periodismo español actual. María Luisa Humanes (en Ortega y vv.aa. 2006: 64) recoge varios estudios recientes que avalan la conclusión de que los periodistas españoles aceptan cada vez más la idea de que la primera necesidad social que deben satisfacer con su trabajo no es “informar” sino “entretener” (el cambio no es ni mucho menos exclusivo del espacio mediático español; los norteamericanos han creado la voz *tabloidization* para referirse a él). Desde 2004, la Asociación de la Prensa de Madrid realiza un *Informe anual* sobre el estado de la profesión periodística en España a partir de encuestas y entrevistas con periodistas en ejercicio. Las tres ediciones publicadas hasta la fecha (años 2004, 2005 y 2006) coinciden en señalar trazos fundamentales de esta subprofesionalización (ver Tabla 1).

Tabla 1. Enumere por orden de importancia los principales problemas de la profesión periodística en España (%).

	Primera mención	Segunda Mención	Tercera mención	Total Menciones
Precariedad laboral	39,9	20,3	7,5	67,7
Intrusismo laboral	17,5	16,4	11,9	45,8
Remuneración baja	7,8	19,4	15,2	42,4
Estudiantes becarios en labores profesionales	5,7	10,6	11,0	27,3
Paro	11,2	3,9	3,9	19,0
Incompatibilidad con vida familiar	4,6	5,3	8,5	18,4
Falta de códigos éticos	3,7	6,7	8,0	18,4
Limitación de la libertad de expresión	2,4	2,4	6,3	11,1
Inseguridad profesional	0,8	2,0	3,5	6,3
Escasa rotación y promoción de plantillas	0,5	1,6	3,3	5,4
Escasa organización profesional	0,8	1,5	2,8	5,1
Independencia/Politización/Objetividad	1,6	1,3	1,7	4,6
Falta de promoción	0,3	1,1	2,8	4,2
Horarios extensos	0,4	1,2	0,6	2,2
Formación/Cualificación/Preparación	0,7	0,5	0,8	2,0

Fuente: APM 2006: 35.

Nota: Encuesta telefónica entre periodistas en activo mayores de 25 años, miembros de la Asociación de la Prensa de Madrid y de la Federación de Asociaciones de la Prensa de España (N = 7.569 personas), realizada en julio de 2006. La muestra asciende a 1.000 entrevistas, con un error de muestreo de $\pm 2,9$ por 100 para un nivel de confianza del 95,5 por 100.

Con todas las cautelas que puedan suscitar estos datos (la principal de las cuales es que no están referidos a la totalidad de los periodistas españoles, sino sólo a aquéllos que pertenecen a la APM o a su federación nacional, aproximadamente el 30 por 100 del total de periodistas en ejercicio, donde además se agrupan las mejores posiciones dentro de este campo profesional²), parece evidente que los periodistas españoles continúan culpando de sus males a factores externos (las empresas, que imponen condiciones laborales precarias, intrusismo, bajos salarios, becarios, etc.) que a su propia ejecutoria profesional. Sólo un 2 por 100 de los entrevistados considera que pueda haber un problema de formación, un 5 por 100 menciona la escasa organización y otro tanto la ausencia de objetividad. En cuanto al 18,4 por 100 de los periodistas que señalan la falta de “códigos éticos”, hay que decir que el mismo planteamiento del problema en términos ético-morales revela ya una falta de normas profesionales, aunque en este caso no sabemos si atribuir el error al entrevistado o al entrevistador. En conclusión, los problemas de índole laboral cada vez preocupan más a los periodistas españoles, los relativos a la calidad de sus informaciones y a los derechos fundamentales que implica el ejercicio del periodismo, menos (APM 2006: 34).

Otros datos del mismo informe tampoco invitan al optimismo. La mayoría de los encuestados tiene una opinión abiertamente negativa sobre la evolución de la profesión en los últimos cinco años: más de la mitad de los entrevistados consideran que el periodismo ha perdido prestigio y credibilidad en este período; desciende de 4,9 (2005) a 4,6 (2006) la percepción de su propio nivel de independencia (puntuación sobre una escala de uno a diez, donde diez representa el valor máximo); el porcentaje de entrevistados que creen que la imagen social del periodista es mala ha crecido en un año del 17 al 22,9 por 100 (*ibidem*: 36-37).

Creemos que sobran las razones para hablar de subprofesionalización o proletarización, al menos en el plano subjetivo. Y que tiene razón Humanes (Ortega y vv.aa. 2006: 65) cuando afirma que detrás de este retrato doloroso se esconde cierta autocomplacencia. La culpa de los males del periodismo no es de los periodistas, y por tanto la posibilidad de mejorar su profesión tampoco les pertenece a ellos. A juzgar por

² En 2006, España contaba con 11.986 personas afiliadas a asociaciones y sindicatos de prensa, lo que representa el 46,46 por 100 de los 25.797 periodistas en ejercicio. La FAPE, el mayor de esos organismos, reconoce 7.569 asociados, por debajo del 30 por 100 de la población (APM 2006: 22).

sus respuestas, los periodistas españoles³ apenas perciben su trabajo como una profesión. El subdesarrollo profesional heredado de la Dictadura ha generado en ellos una mentalidad pseudoinfantil: son inocentes al precio de ser impotentes. Carne de cañón para las instituciones voraces.

... A la voracidad inocente

En mi contribución a Ortega y vv.aa. (2006) presento, desde un punto de vista cualitativo, tres casos de notorios periodistas voraces españoles, a partir de tres de sus obras más recientes: *Los mitos de la Guerra Civil*, de Pío Moa (Esfera, Madrid, 2004); *España frente al Islam*, de César Vidal (Esfera, Madrid, 2005) y *El hombre de Villa Tevere*, de Pilar Urbano (Mondadori, Barcelona, 2004). Los tres son opinadores en múltiples medios de comunicación, con un acceso importante al espacio público⁴. Dos de ellos, Moa y Vidal, suelen presentarse a sí mismos como “periodistas e historiadores” y la tercera se considera (en la contraportada del libro) “periodista de investigación”. Estamos ante tres autores con un impacto social infinitamente superior al de los historiadores académicos cuyas obras pretenden confrontar⁵. A pesar de que sus libros no resisten el mínimo examen racional, están pensados para un público no habituado a la historia y por ello especialmente desprotegido ante tergiversaciones y mentiras. Con todo, la diferencia fundamental entre estas obras y un trabajo académico al uso no reside en su calidad sino en su intención: aquí no se pretende aclarar unos hechos, sino obtener influencias políticas. El libro de Moa está dirigido a defender la

³ El *Informe 2006* presenta datos desagregados por sexo. En la materia que nos ocupa, autoestima e identidad profesionales, las mujeres periodistas presentan valores de subprofesionalización ligeramente superiores a los de los varones (*ibidem*).

⁴ Semejante selección del material de análisis podría tacharse de *ventajista* por elegir obras contra las cuales es más sencilla la crítica. Quizá convenga explicar los dos motivos principales que hacen pertinente su consideración. En primer lugar, se trata de libros que se presentan a sí mismos como investigación histórica y cuyo éxito editorial es muy superior al de los historiadores académicos. En segundo lugar, estamos en los tres casos ante autores que utilizan su presencia mediática para enmendar la plana a los especialistas desde el periodismo, un espacio donde no están vigentes —y éste es el problema— los controles de calidad propios de las instituciones del saber.

⁵ El libro de Moa había vendido 175.000 ejemplares en agosto de 2005 y fue seis meses líder de ventas en la categoría de no ficción. La obra de Vidal reconocía nueve ediciones y 40.000 ejemplares vendidos por las mismas fechas. La biografía de Pilar Urbano tenía ya tres ediciones. En cualquier caso, Urbano es uno de los periodistas españoles que más libros vende, y sus obras dedicadas a la Reina, a Garzón, al 11M (donde aplica los mismos “métodos de investigación”) figuran entre los ensayos más vendidos de los últimos años.

herencia del Franquismo, el de Vidal a justificar la Guerra de Irak y el de Urbano a apoyar la canonización del fundador del Opus Dei.

Félix Ortega (2006: 27) ha resumido la ética subprofesional de los “periodistas sin información” en cinco características cuya relación con el modelo voraz señalaremos en las páginas que siguen: autonomía, transversalidad, disolución de la memoria histórica, extraterritorialidad y finalismo. Veámoslas por separado, con ejemplos tomados de mi capítulo en la obra mencionada, para seguir el rastro de Walter Burns.

Autonomía. El periodista voraz ya no está limitado por la realidad contrastable, no existen instituciones profesionales de vigilancia. Desprecia olímpicamente la verdad contrastable: Vidal versiona el Corán para que diga lo que él quiere, pero presenta sus recortes como citas textuales (*ibidem*: 104). Por otro lado, no tienen que enfrentar sanción profesional alguna: historiadores como Santos Juliá o Javier Tusell han denunciado en prensa las tergiversaciones de Moa, pero no ha habido la menor sanción desde el periodismo. Antes al contrario, estos autores son reconocidos por los medios como “buenos tertulianos” porque defienden sus teorías con empeño fanático.

Transversalidad. Mezcla de recursos ajenos al relato informativo. En este arte manipulativo, Pilar Urbano es una auténtica virtuosa. En su reciente libro sobre los atentados del 11S describía escenas dentro de los aviones secuestrados. En la biografía de Escrivá reproduce en estilo directo escenas de las cuales sólo hay registro indirecto, penetra en el interior del cerebro del santo y reproduce sus pensamientos entre comillas como si los hubiera oído (*ibidem*: 120). Técnicas que son válidas en la novela no sirven para la historia o el periodismo porque éstos tienen pretensión de verdad.

Disolución de la memoria histórica. Los periodistas voraces no tienen memoria. A la manera de un palimpsesto, rescriben cada día la memoria colectiva sin importar lo dicho o escrito con anterioridad, porque su misión salvadora les libera de la obligación de coherencia. ¿Por qué Josemaría Escrivá pasó de proscrito a santo en el Vaticano, por qué los invasores musulmanes de 711 mancillaron la unidad de España o por qué los historiadores de la transición pactaron tergiversar el relato sobre la Guerra civil que había sido impuesto por la versión franquista? Ninguno de estos problemas inquieta lo más mínimo a estos “historiadores-periodistas”. Lo importante es que la historia es *así*: créannos porque nosotros somos honestos, cristianos, españoles de bien, etc. Cualquier apelación carismática en lugar de datos novedosos que cuestionen las versiones establecidas.

Extraterritorialidad. Los periodistas sin información creen que todas las instituciones sociales funcionan igual que su pseudoperiodismo. Según Moa, la razón por la cual la versión oficial de la historia de la Guerra Civil es ilegítima no es que falsee datos o hechos: es que sus autores pertenecen al PSOE (*ibidem*: 113). Vidal presenta un permanente juicio de intenciones sobre los actores de nuestra reciente historia, según el cual toda la historia española desde la invasión islámica hasta hoy puede explicarse mediante un enfrentamiento secular contra la religión del Corán (*ibidem*: 101). Razón por la cual, concluye, España debía alinearse con Washington en la Guerra de Irak.

Finalismo. El periodismo se pone al servicio de intereses y convicciones particulares, como una forma (a veces laica) de apostolado. César Vidal sostiene que la historia académica sobre la España islámica está tergiversada por agentes antiespañoles: una conspiración transhistórica en la que participan incautos como Floridablanca o Zapatero y enemigos de la patria como Izquierda Unida o ETA (*ibidem*: 111). Es misión del verdadero patriota imponer la verdad pero no para mejorar el conocimiento, sino para salvar España (Vidal termina prediciendo la independencia vasca a manos de ETA y la reconquista musulmana de Al-Andalus). Pío Moa no es ajeno a esta visión *conspiranoica* de la historia, con sus “historiadores socialistas” acordando una versión tergiversada de la memoria colectiva. Pilar Urbano escribe su biografía para convencernos de la necesidad de que Josemaría Escrivá sea canonizado. Reinventa su pasado para *demostrar* que nació tocado por la gracia de Dios e incluso da *pruebas* —es la parte cómica de la obra— de sus milagros.

De estos relatos se deduce que la España islámica, la Guerra Civil o la vida de Josemaría Escrivá son solamente lo que queramos recordar de ellas. Y, lo que es peor, que no es posible un relato digno de confianza que no esté basado en la fe o en la autoridad de quien lo realiza. En medio de la anomia, la legitimación abandona el plano legal-racional para someterse al carisma. El saber se convierte, definitivamente y para mal, en saber-poder.

¿Qué relación podemos establecer entre la organización voraz y el modelo de periodismo sin información que hemos intentado definir? Con anterioridad hemos sintetizado los componentes de la institución voraz política en cuatro: jerarquización estricta, separatismo, intolerancia y acción exterior. Ahora examinaremos su cercanía con las prácticas del periodismo subprofesional.

En primer lugar, el periodismo sin información agudiza al extremo la relación jerárquica entre los “jefes” y los “súbditos” de la redacción, claramente voraz: las demandas de aquéllos no tienen límite y la debilidad de éstos no les deja otra opción que la sumisión total, salvo el abandono de la profesión. Amparados en su autoridad, los primeros disponen por completo de los activos profesionales y morales de los segundos, para quienes aquéllos son modelo a imitar. Estamos ante el clásico esquema weberiano de la dominación carismática, con la particularidad de que el carisma periodístico no se desgasta ni se rutiniza ya que no es contestado por las débiles estructuras de vigilancia profesional, y sus detentadores tampoco están obligados a confrontar sus relatos con la realidad. Cabe con toda justicia hablar de “caudillismo periodístico” (Ortega 2007), tanto hacia dentro como hacia fuera del periodismo español.

La lógica separatista de las instituciones voraces corresponde con la división maniquea que los periodistas sin información establecen entre amigos y enemigos. El espacio social se trincheriza y no cabe más afiliación que a uno de los dos bandos en contienda: PP o PSOE, españoles o antiespañoles, COPE o PRISA, etc. Como corresponde al modelo voraz, las sectas presentes en cada bando establecen mecanismos para la purga continua de elementos indefinidos. Aquí los medios de comunicación públicos proporcionan ejemplos magníficos: en octubre de 2006, Telemadrid destituyó al presentador de su informativo nocturno, Germán Yanke, tras preguntar en una entrevista en directo a la presidenta de la Comunidad de Madrid si tenía ambición de presidir el gobierno de España en un futuro; la preguntada reaccionó sorprendida y enfadada por tener que responder —en su propia casa— una pregunta “que compra el discurso del adversario”. Por otra parte, en marzo de 2007 TVE admitió la dimisión del presentador Jesús Quintero tras una entrevista que había sido censurada por la dirección del ente público.

En cuanto a la intolerancia, el periodismo sin información es violentamente dogmático. Sus defensores apoyan sus puntos de vista en el carisma personal en lugar de en métodos profesionales comprobables, y para la disidencia tienen siempre lista la descalificación o el insulto (en una suerte de matonismo bufo que en honor a su inventor hemos propuesto llamar *lerrouxismo*). Radicalizan progresivamente sus posiciones sociales, difundiendo visiones conspirativas y a menudo fanáticas que sirven sobre todo para fomentar la unidad interna de la secta. Se consideran depositarios de una misión de salvación colectiva, asumiendo una ética finalista que les permite aceptar cualquier medio con tal de lograr el objetivo perseguido. Y cuando no existe esa mentalidad de

cruzada, estos periodistas se refugian en el cinismo. Así se expresaba un locutor deportivo radiofónico: “Nosotros les contamos lo que ellos [los jugadores de fútbol] cuentan. Si lo que cuentan es un cuento, ése es su problema” (Cadena SER, 22-11-2006).

Finalmente, el carácter expansivo es tan típico de la organización voraz como del periodismo sin información. Éste intenta extender su lógica anómica por otros campos sociales (por ejemplo las universidades, cuya histórica debilidad institucional e intelectual las hace vulnerables a ataques externos, o la política parlamentaria), debilitando su autonomía. Su objetivo ha dejado de ser informar o entretener a un público más o menos numeroso: ahora se trata de influir, desde fuera (es decir, sin aceptar la responsabilidad que esa posición conlleva), en la pequeña elite de poder que toma las decisiones: aquellos *millecinquecento lettori* de que hablaba Enzo Forcella⁶ en 1959. Si para el reportero italiano ese mandarinato oscuro entre periodistas y políticos nada tenía que ver con la profesión de informar, en España algunos de sus sucesores más ínclitos parecen haberse acostumbrado a él. Con la novedad de que, si en los años 50 los periodistas estaban por lo general al servicio de los políticos, en los dos mil la relación bien puede ser exactamente la contraria, como ha sugerido entre otros el politólogo Bernard Manin (1998).

El nuevo populismo voraz

La consecuencia fundamental de la extensión en España del periodismo sin información voraz es el auge del populismo. Según José Álvarez Junco (2007), este peculiar estilo político (que no ideología) está compuesto por cuatro características: se da en las ciudades, tiene dimensión masiva, está basado en el liderazgo carismático y en una retórica emotiva y maniquea. Para el populista, los conflictos sociales más complejos se

⁶ El prestigioso cronista político italiano Enzo Forcella abandonó el periodismo en 1959, tras publicar un artículo titulado “Millecinquecento lettori” donde denunciaba la “comedia burlesca” en que se había convertido la relación entre periodistas y políticos. Allí afirmaba: “Un periodista político, en nuestro país, puede contar en torno a mil quinientos lectores: los ministros y subsecretarios (todos), los parlamentarios (parte de ellos), los dirigentes de partido, los sindicalistas, los altos prelados eclesiásticos y cualquier industrial que desee sentirse informado. El resto no cuenta, incluso si el periódico vende 300.000 ejemplares. [...] Todo el sistema se organiza en torno a la relación entre el periodista político y ese grupo de lectores privilegiados. Si se olvida este hecho, se impide la comprensión del elemento más característico de nuestro periodismo político y quizá de toda la política italiana: es la atmósfera de la representación en familia, con protagonistas que se conocen desde la infancia, que chocan por casualidad, hablan una lengua llena de alusiones e incluso cuando se odian se quieren cordialmente. [...] [Los periodistas] Somos los intelectuales alienados de nuestra sociedad burguesa, de la que no nos podemos divorciar porque compartimos con ella sus valores básicos” (Forcella 1959: traducción propia).

diluyen en el enfrentamiento simple entre dos entes opuestos, que Álvarez Junco denomina *pueblo* y *antipueblo*. El primero resulta siempre depositario de las esencias benéficas de la sociedad, mientras que el segundo es su antagonista fundamental. En la historia moderna, *pueblo* ha tomado la forma de la nación, el proletariado, la comunidad cristiana e incluso la familia; *antipueblo* la de la nación enemiga, la burguesía, los ateos, los judíos, los desviacionistas, etc. Lo interesante en todos los casos es que la movilización masiva —en entornos de socialización débil, como las ciudades modernas, donde también prende la asociación voraz— se logra a través de la simplificación maniquea. Una última dimensión fundamental del discurso populista es su carácter movilizador: no busca tanto convencer a la audiencia cuanto provocar que ésta haga algo. La acción, especialmente si es irreflexiva, soluciona de forma sencilla los problemas complejos. De esta guisa se dirigía Alejandro Lerroux a los trabajadores de Barcelona en septiembre de 1906:

Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo a las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie. Romped los archivos de la propiedad y haced hogueras con sus papeles para purificar la infame organización social. Penetrad en sus humildes corazones y levantad legiones de proletarios, de manera que el mundo tiemble ante sus nuevos jueces. No os detengais ante los altares ni ante las tumbas. Luchad, matad, morid (cit. en Brenan 1985: 53).

Para ello, el populista tiene que halagar continuamente las supuestas virtudes de su comunidad de referencia. El “hombre de la calle”, “el español de bien”, “el buen cristiano”, etc., es de nuevo una especie de buen salvaje que tiene que liberarse de la civilización aprendida para salvar una situación crítica. Desde este punto de vista, la retórica populista sirve para *reencantar* un mundo percibido como mecánico y deshumanizado. Tal es la consecuencia positiva que tiene este fenómeno para el funcionamiento de una sociedad: dinamiza la acción y la preocupación políticas. Por ello, aunque toma formas e intensidades diversas según el contexto histórico, hay populismo desde que hay modernidad y seguramente hasta que deje de haberla.

Ya desde los tiempos de Lerroux, que utilizó el periodismo como trampolín para la política, la prensa era el terreno más propicio para la difusión del discurso populista. En la actualidad, la profusión y diversificación de medios de comunicación hace que este sector haya ganado por lo menos el oligopolio de la opinión pública (Habermas 1994), y por tanto que aquello que ocurre y no ocurre en los *media* tenga considerable influencia social. El hecho no pasa desapercibido ni para los periodistas ni para el público. En España, tanto los profesionales como los consumidores de información

estiman de manera masiva que la crispación —reencantamiento populista de la actividad política al que se recurre desde los años noventa— ha sido potenciada por los medios de comunicación (Tabla 2).

Tabla 2. En situaciones de crispación política, ¿considera que los medios reflejan, aumentan o disminuyen esta crispación? (%)

	<i>Periodistas (APM 2006)</i>	<i>Población española (ECM 2006)</i>
Reflejan	15.8	17.9
Aumentan	79.7	70.3
Disminuyen	1.3	2.6
NS/NC	3.2	9.1

Fuente: APM 2006: 40 y 49.

Por motivos de espacio, no podemos detallar todos y cada uno de los actores de nuestro espacio informativo que comparten características del periodismo voraz. Nos centraremos en uno de ellos, a modo de ejemplo. El diario *El Mundo* es mencionado habitualmente como uno de los responsables principales de la crispación política. Asumiendo el modelo de periodismo vigilante (*watchdog*), esta cabecera salió a la calle el 23 de octubre de 1989. Su director, Pedro J. Ramírez, que había sido cesado de la dirección de *Diario 16* pocos meses antes, firmaba en la portada del primer número un manifiesto donde explicaba la misión que su periódico pretendía realizar. El lector juzgará en qué medida el discurso que sigue puede ser calificado de populista, de acuerdo con las características mencionadas:

EL MUNDO no servirá jamás otro interés sino el del público, porque el *verdadero* titular de la libertad de expresión no somos los periodistas, menos aún los “amos” de los periódicos, sino el conjunto de la *ciudadanía*. [...] Toda noticia de cuya veracidad y relevancia estemos *convencidos* será publicada, le incomode a quien le incomode. Toda *investigación* periodística, alentada por el derecho a saber de los lectores, será culminada le pese a quien le pese. [...] EL MUNDO será un órgano *radical en la defensa de sus convicciones* pero moderado y sereno en la exposición de sus argumentos. Nuestros editoriales tratarán de *convencer antes de conmovier*. [...] En este periódico no habrá tabúes, ni cotos vedados, ni zonas de sombra, ni santasantórum. [...] Seremos *intransigentes* en cuanto afecte a los derechos humanos, las libertades públicas, la dignidad de los consumidores, el respeto a la opinión de las minorías y la defensa del medio ambiente frente a la *estupidez* o la *avaricia* (Ramírez 1989; cursiva propia).

Es fácil observar: (1) la identificación de la comunidad pura o pueblo (“el conjunto de la ciudadanía”) como depositaria única de la legitimidad política, frente a la que se opone un enemigo absoluto y simple (“la estupidez” y “la avaricia”); (2) la sustitución de la lógica racional por la carismática (que puede verse en la insistente apelación a “sus convicciones” en lugar de a los hechos demostrables, base de la información); (3) la polarización retórica (seremos “radicales”, “intransigentes”, etc.); y la proyección activa de la misión social enarbolada (el objetivo es “convencer”, no informar). En cuanto a la “moderación” y “serenidad” con que prometía exponer sus “argumentos”, lo menos que

se puede decir es que no encaja demasiado con la ejecutoria posterior. *El Mundo* es el único diario español que en democracia ha insultado a los votantes del PSOE (de inferior “calidad democrática” que los del PP, escribió), llamado “embustero” y asesino a un presidente de Gobierno, “tonto útil” a un ministro de Interior, “Tío Garbanzos” a su sucesor y “mamporrero” a un presidente del Consejo General del Poder Judicial⁷. Ha comprado testimonios (por ejemplo los del policía José Amedo⁸ y el minero Suárez Trashorras⁹, según han confesado éstos), desacreditado las instituciones políticas y judiciales y fabricado embustes sin la menor prueba (sólo en el caso del 11-M podemos citar, *de momento*: la mochila misteriosa, la cinta de la Orquesta Mondragón, el Skoda Fabia, el ácido bórico y el temporizador). Ha perseguido y presionado a personas para que den el testimonio preciso¹⁰, siempre en azote del PSOE y defensa del ala más derechista del PP.

La promesa de periodismo vigilante se ha convertido en mercadeo de influencias políticas y comerciales a través de la agitación de continuos escándalos, reales o fabricados. Atizar la crispación y el enfrentamiento entre las dos fuerzas políticas principales tiene la desagradable consecuencia —ya advertida con insistencia (Habermas 1994, Lasch 1996, Thompson 2000)— de inhibir el debate y con él la participación política de la mayoría, para beneficio de las elites sociales que pueden manejar más fácilmente los resortes del poder. En consecuencia, el populismo mediático tiene la función de cerrar el acceso al espacio público a quienes no pertenezcan a las minorías privilegiadas. Pero ¿tiene influencia real sobre la sociedad en general? En este punto disponemos de información indirecta, pero significativa (Tabla 3):

⁷ Todas las referencias corresponden a Teruel, L. 2004: “La crítica política en los artículos del director del diario *El Mundo* (1993-96): punto de partida para el estilo del periódico”. Ponencia presentada en el X Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación, Barcelona, 18 y 19 de noviembre de 2004. Texto disponible en www.upf.edu.

⁸ En su último libro, titulado *La conspiración* (Espejo de tinta, 2006), José Amedo, condenado a 117 años de cárcel por seis delitos de asesinato frustrado y uno de secuestro relacionados con los GAL, afirma que recibió 30 millones de pesetas del director de *El Mundo* a cambio de tres entrevistas que serían publicadas en el periódico, cuyo contenido estaba acordado de antemano para provocar la caída del gobierno del PSOE. El diario ha negado categóricamente estas acusaciones, desacreditando el testimonio del policía en el que, sin embargo, había basado toda su campaña de acoso y escándalo. Cfr Mercado, F. : “La conspiración de 1994”. *El País*, 10-2-2006.

⁹ En septiembre de 2006, José Emilio Suárez Trashorras denunció, en dos entrevistas serias aparecidas en *El Mundo*, que el atentado del 11-M había sido un “golpe de estado” perpetrado por fuerzas policiales para desalojar al PP del Gobierno. Un año antes, en una conversación grabada por las cámaras de la prisión donde estaba detenido, les había comentado a sus padres: “Si *El Mundo* me paga, les cuento hasta la guerra civil” (cfr. Romero, J. M.: “La fabricación del bulo del 11-M / 1”. *El País*, 8-4-2007).

¹⁰ Así lo ha denunciado en el juicio del 11-M el testigo protegido T74, a quien según su declaración dos periodistas de *El Mundo* presionaron durante días para que les facilitara “vínculos entre ETA y el 11-M”. T74 afirmó que el periódico había tergiversado sus declaraciones. Cfr. J.A.R.J.Y.: “La mitad de lo que decían era mentira”. *El País*, 10-4-2007.

Tabla 3. Afiliación política de los lectores de prensa española (1996).

	% de lectores de		
	<i>El País</i>	<i>ABC</i>	<i>El Mundo</i>
Votaron al PSOE	36	13	10
Votaron al PP	14	74	38
Votaron a IU	24	3	21
Votaron a otros partidos	7	5	2
No votaron	19	5	29

Fuente: Hallin y Mancini 2004: 93.

Frente al perfil netamente conservador de los lectores de *ABC* y centro-izquierdista del los de *El País*, el público de *El Mundo* se divide aproximadamente entre un 40 por 100 que vota PP, un 30 por 100 que no vota y un 20 por 100 que se decanta por IU. La elevada cifra de rechazo electoral no falsea la hipótesis (necesitada de mayor apoyo estadístico) de que este diario consigue efectivamente inhibir la participación política, al menos en lo que se refiere a la movilización electoral. Resulta congruente con la cosmovisión de ese periódico —una ciudadanía maniatada por un partido político que controla todos los resortes del poder, hasta el punto de que se hace elegir por ella— el desprecio de los mecanismos democráticos.

En resumen, si tenemos razón estaríamos ante una nueva modalidad de populismo mediático, en la cual encajan bien algunas de las categorías con las que Coser daba cuenta de las instituciones voraces. Un discurso intolerante y dogmático, que divide la sociedad en amigos y enemigos, que se vuelca en la acción exterior según una lógica apostólica (no se trata de informar, como hemos visto, sino de influir en el gobierno para salvar España de la supuesta crisis) y, finalmente, que impone hacia dentro (de la redacción) y hacia fuera la sumisión total a los designios de una pequeña elite dirigente (a veces de un solo individuo¹¹). Un discurso voraz con influencia social real, que enturbia el funcionamiento de las instituciones políticas y tiende a cerrar el espacio público provocando el rechazo o el desinterés del público hacia lo que allí sucede. Un discurso que polariza el campo mediático y obstaculiza el desarrollo del periodismo profesional. El discurso de Walter Burns.

Con independencia de la mayor o menor extensión del periodismo voraz en el campo mediático español, su influencia sobre la pronosticada profesionalización del sector es muy negativa. Al igual que nuestros actuales periodistas sin información aprendieron el oficio de sus antecesores, la generación de la Dictadura —rica en

¹¹ En 2004, el director adjunto de *El Mundo*, Alfonso Rojo, abandonó el periódico aduciendo que el director le exigía solicitar permiso por escrito cada vez que acudiese a un medio de comunicación como colaborador o tertuliano (Varela 2004).

relaciones clientelares y apostolados ocultos—, las nuevas oleadas de las facultades de Periodismo están aprendiendo también que la prensa puede ser un medio propicio para el enriquecimiento y el alpinismo social, con la condición de abandonar la información como servicio público y poner la verdad al servicio de proyectos de salvamento sagrados o profanos, individuales o colectivos. No olvidemos que, una vez aceptado un amo, la única existencia posible es la servidumbre.

En presencia del amo, la verdad del sirviente consiste en representar el papel de sirviente y ocultar al hombre que sigue siendo bajo el disfraz de su servilismo; pero tampoco en ausencia del amo se revela el sirviente como hombre, pues la verdad del sirviente a solas consiste en representar el papel de amo. El hecho es que, cuando el amo está de viaje, el criado fuma sus puros, viste sus ropas e imita sus modales. Y no podría ser de otra manera, pues el amo ha convencido al criado de que la única forma válida de ser hombre es ser amo. Un criado es un hombre que simula ser sirviente y un sirviente que simula ser hombre (J.P. Sartre, cit. en Coser 1974: 79).

Bibliografía

- Álvarez Junco, J. 2007: “¿Qué es el populismo”. Conferencia en la Facultad de Ciencias de la Información (Universidad Complutense de Madrid), 19 de abril (inédito).
- APM 2006: *Informe anual de la profesión periodística 2006*. Madrid: Asociación de la Prensa de Madrid.
- Brenan, G. 1985: *El laberinto español*. Madrid: Plaza y Janés.
- Coser, L. 1974: *Las instituciones voraces*. Mexico: FCE.
- Forcella, E. 1959: “Millecinquecento lettori”. *Tempo presente*, 6: 451-58.
- García de Cortázar, M.L. y vv.aa. 2000: *Profesionales del periodismo*. Madrid: CIS.
- García Tojar, L. 2000: “Últimas noticias sobre Dorian Grey”. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 5. Universidad Complutense de Madrid.
- Goffman, E. 1994: *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Habermas, J. 1994: *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Hallin, D. y Mancini, P. 2004: *Modelli di giornalismo. Mass media e politica nelle democrazie occidentali*. Roma: Laterza.
- Lasch, C. 1996: *La rebelión de las elites y la traición a la democracia*. Barcelona: Paidós.
- Manin, B. 1998: *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Mercado, F. 2006: “La conspiración de 1994”. *El País*, 10 de febrero.
- Moa, P. 2004: *Los mitos de la guerra civil*. Madrid: Esfera.
- Ortega, F. 2007: “El caudillismo periodístico”. Conferencia en la Facultad de Ciencias de la Información (Universidad Complutense de Madrid), 19 de abril (inédito).
- Ortega, F. y Humanes, M.L. 2000: *Algo más que periodistas*. Barcelona: Ariel.
- Ortega, F. y vv.aa. 2006: *Periodismo sin información*. Madrid: Tecnos.
- Romero, J.M. 2007: “La fabricación del bulo del 11-M / 1”. *El País*, 8 de abril.
- Simmel, G. 2001: *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- Teruel, L. 2004: “La crítica política en los artículos del director del diario *El Mundo* (1993-96): punto de partida para el estilo del periódico”. Ponencia presentada en el VII Congreso de Historiadores de la Comunicación. Barcelona, 18 y 19 de noviembre. Texto disponible en www.upf.edu.
- Thompson, J.B. 2000: *El escándalo político*. Barcelona: Paidós.
- Urbano, P. 2004: *El hombre de Villa Tevere*. Barcelona: Mondadori.
- Varela, J. 2004: “Alfonso Rojo deja El Mundo”. Texto disponible en <http://periodistas21.blogspot.com>.
- Vidal, C. 2005: *España frente al Islam*. Madrid: Esfera.